

Para andar y desandar por las calles de Venecia sería necesario haber merecido como Tesco los favores de Adriadna y haber recibido de la hija de Minos el ovillo que ayudara a salir del laberinto. Pero como nosotros no hemos realizado la hazaña de matar al Minotauro ni hemos sabido enamorar a la hija del rey de Creta, nos lanzamos, sin el ovillo salvador, por las quebradas y estrechas calles de la ciudad singular; y a fuerza de torcer esquinas y atravesar puentes, logramos gozar de la visión única, sencillamente admirable, de la *piazza* de San Marcos.

El soberbio cuadrilátero irregular de ciento setenta y cinco metros de longitud por cincuenta y tantos de anchura, formado por la Basilica y los edificios de los *Procurazie*, es un grandioso recinto de mármol, pavimentado de mosaico, en uno de cuyos ángulos se hiergue el *Campanile*. El ascensor eléctrico que lo taladra nos eleva en pocos segundos a los cien metros de altura; y desde los miradores abiertos a los cuatro puntos cardinales domina nuestra vista la laguna de donde surge el centenar largo de islas comunicadas por centenares de puentes que constituyen la población partida por la ancha serpiente del Gran Canal. Las aguas del Adriático invaden el amplísimo estuario, tranquilas y sosegadas en derredor;

